



SEGUIDME EN LA TORMENTA

José Antonio Suárez Quirós

SEGUIDME EN LA TORMENTA



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Suárez Quirós

ISBN: 979-13-88411-30-4

ISBN digital: 979-13-88411-31-1

Depósito legal: M-22406-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Paula, por todo.
Sin ti, ya no la novela, es que nada sería posible.*

I

Iba camino de cumplir veintitrés inviernos cuando decidí comprobar la templanza de los tres aceros romanos que amenazaban mi cuello, postrado de rodillas ante nuestra casa en llamas. El dolor en la piel me confirmó que eran de un metal excelente. Sentí la sangre y la sal de mis lágrimas resbalar por la piel de mi garganta. «Soy Ambato, hijo de Segei, luggon¹ del clan de los orniacos. Si mi madre y mis hermanas no emiten sonido alguno mientras son violadas por los legionarios frente a mí, yo tampoco lo haré por tres pequeñas incisiones».

Escupí sobre el Iupiter romano y asimilé la ira mientras veía lo que jamás hombre alguno que more en las riberas del Ornia² contempló. Los techos de paja ardían. Decenas de ratones caían de ellos como pequeñas luciérnagas. Los jefes del *castellum*³, arremolinados junto al gran roble, estaban rodeados de rojo y acero. Impasibles. Negros de ceniza que se precipitaba sobre ellos como lluvia. Intercatia era solo humo. Fuego. Pavesas. Y en el centro del fin de nuestro mundo estaba Pintaio.

Sé contar bien y eran más de catorce *pila*⁴ los que amenazaban con segar su vida. Estaba de rodillas. Como yo. Como todos. Su pelo ya había sufrido la primera humillación. Igual que la mía, su larga cola de caballo trenzada durante muchas estaciones yacía a sus pies. «¿Cómo nos distinguirá nuestra gente ahora? ¿Cómo

1 Los luggones eran uno de los veintidós populi de los astures citados por el escritor romano Ptolomeo. Su distribución poblacional se circunscribía principalmente a la zona central de la actual Asturias.

2 Río Huerna en astur.

3 Recinto fortificado» o «castillo».

4 Lanza arrojadiza pesada usada por los legionarios romanos.

sabr  que somos los guerreros sagrados?  Qu n los proteger  o morir  intentándolo?».

Incluso arrodillado, su estatura desafiaba la de los legionarios. Le clavaban las puntas con precisión fría, solo para mantenerlo en tierra, con aquellas lanzas cortas y toscas que habían hecho trizas nuestros escudos. Insultaba y sonreía a sus torturadores. Les escupi  y nos mir . Creo que fui el único que le devolvió la mirada de entre todos nosotros. Se aferr  con fuerza a dos *pila* y los intent  hundir él mismo en su cuerpo desnudo de cintura para arriba. Sus brazos, vastos como piernas, liberaban una fuerza salvaje. Los portadores de las armas solo se mantenían firmes porque otros soldados los retenían, impidiendo que fueran arrastrados hacia mi amigo. Su pecho era ancho como una roca de la montaña. Sus piernas, capaces de dominar un caballo con apenas una pequeña presión al montar, eran como troncos de  rbol. Sus rodillas tenían el tamaño de una cabeza humana. Se desgarraban contra la tierra apisonada del *castellum* reg ndola con sangre. Los injuri  y los maldijo. Se debatió una y otra vez sin parar. Llevaba así desde el atardecer. Una vez que la noche cayó, no desfalleci  ni una sola vez.

Largo era su pelo del color de las castañas. Igual que su barba y sus trenzados bigotes que los romanos aún no habían podido acercarse a cortar como sí hicieron con los del resto de nosotros. Se hinchaban sus venas y sus tendones como nudos de tejo. Soltó un asta y agarr  otra con aquella mano enorme, tatuada con la serpiente del Ornia que la envolvía para ayudarlo cuando empuñaba la lanza en la caza o la guerra. Era verde como nuestra tierra y roja como nuestra sangre. Ahora era negra como nuestro destino.

El mismísimo Marcus Vettius Valens⁵ vino y observaba la escena montado en un buen caballo. Parecía blanco, pero no podría

⁵ Inici  su carrera militar en torno al año 28 d.C. sirviendo en la guardia pretoriana. Particip  en la invasión de Britania del emperador Claudio en el año 44 d.C., donde recibí toda una serie de condecoraciones (torques, brazaletes y *phalerae*). Se reencontr  finalizado su servicio y sirvió en cuerpos auxiliares en la ciudad de Roma. Acab  regresando a la guardia pretoriana para pasar posteriormente a la Legio VI Victrix, donde alcanzó el rango de «*primus pilus*» (primer centurión o centurión en jefe). Llegó a ser procurador o gobernador de la provincia de Lusitania en el 66 d.C.

asegurarle cuando todo nuestro mundo se había vuelto oscuro. Por medio de uno de esos demonios con yelmo de crin roja y armadura llena de condecoraciones comunicó a los ancianos que estaba allí únicamente para ver sometido al famoso guerrero que había dado muerte a tantos de los suyos y para «negociar» una leva juramentada.

Pues tendría que esperar un poco más. Mi amigo no se lo estaba poniendo fácil. Puede que fuera vencido. Puede que su padre, madre y hermanos colgaran del cuello a las puertas del *castellum*, desnudos y carbonizados. Puede que solo veinte guerreros bendecidos por el hombre santo en el bosque junto a muchos otros antes de la rebelión siguiéramos vivos. Sin embargo, Pintaio fue vencido, no sometido.

Eso es lo que Valens veía. Eso es lo que todos veíamos a través del velo de nuestras lágrimas.

El todopoderoso *primus pilus*⁶ de la Legio VI Victrix⁷ tenía un semblante hostil y alternaba la mirada entre Pintaio y un apurado centurión que alzaba los hombros e intentaba explicarle por qué aquel condenado astur no se rendía. Valens estaba harto y cada mínimo gesto en su autoritaria figura ataviada con armadura llena de *phalerae*⁸, torqués al cuello y túnica de un rojo intenso nos lo hacía saber a todos. Hizo un ademán a los ancianos. El último. Una última oportunidad, dijo su fría mirada. Uno de los veteranos astures alzó una mano. De forma veloz, un *pilum* la siguió amenazante, pero la señal iba dirigida al hombre del caballo blanco y el legionario volvió a bajar la lanza a su posición inicial de contención.

—¡Veinticinco! —gritó nuestro jefe—. ¡Veinticinco y ni uno más, o danos muerte a todos aquí y ahora! —gritó de nuevo intentando que su voz llegara a Valens y su séquito por encima del crepitar de las llamas y el lamento de los caballos, que estaban siendo sacrificados uno por uno. Luego eran arrojados al foso

6 Centurión de la primera centuria de la primera cohorte de una legión romana.

7 Legión romana que tenía su campamento en la actual León.

8 Condecoración militar al valor.

a través de la muralla derruida por máquinas romanas y que nosotros, ilusos pero valientes, pensamos que nos defendería. Valens, de nariz aguileña y ojos brillantes y acerados, aguantó la mirada del caudillo astur durante un largo tiempo. Todos, astures y romanos, contuvimos la respiración. El *primus pilus* asintió una vez. Después, satisfecho, dirigió su atención a su izquierda e hizo un pequeño movimiento de cabeza casi inapreciable a uno de los hombres de su escolta. A su vez, este señaló a Pintaio con un pequeño bastón dorado. El centurión al que iba dirigido el gesto llevaba buena parte del día intentando que sus legionarios dominaran al endemoniado astur gigantesco sin conseguirlo. En el acto, caminó deprisa gritando una orden tras otra. Solo pude oír «¡Ledo eum!», «¡Ledo eum!», golpeadlo. Otra fila de romanos formó un círculo alrededor de sus camaradas. Estos todavía rodeaban e intentaban doblegar a mi amigo. Sus maldiciones roncas salían a borbotones, pero la garganta estaba agotada después de toda una jornada de lucha. Usando el canto de madera de las cortas lanzas, hicieron lo que se les ordenó. Golpear. En la nuca. Uno, otro, otro, otro más. Los golpes eran brutales, aunque Pintaio necesitó recibir once para caer. Dos romanos sacaron sus afilados *pugios*⁹ y por fin consiguieron cortar y tonsurar sin miramientos la barba y los bigotes de aquel condenado gigante «de una vez», tal y como ordenó el oficial de la crin roja. Cuando acabaron, las hojas estaban rojas de sangre y el rostro de Pintaio tenía cortes por todas partes. Otros doce hombres fueron necesarios para transportarlo al carro que esperaba a las derribadas puertas del *castellum*, donde fue arrojado con esfuerzo pero sin titubeos, emitiendo los bueyes un pequeño mugido de descontento por el peso añadido. Quizá fuera la última broma de los dioses ese funesto día. Todos los postrados fuimos puestos en pie sin ofrecer resistencia, pues, si él había caído, ¿qué podíamos hacer nosotros?

9 Daga romana de doble filo que sirvió como arma secundaria para los legionarios romanos, pero también como símbolo de estatus.

«Síguelo», habló una voz en mi cabeza. «Síguelo, protégelo y hónralo, Ambato, hijo de Segei», me dijo de nuevo. Se nos puso una cuerda al cuello y otro centurión nos indicó con una vara de vid el camino a seguir detrás del carromato.

—Veinticinco —señaló Valens al grupo de jefes sin mirarlos. Como quien habla a un perro. Hizo girar grupa a su caballo y salió al trote de allí seguido de todo su séquito. El centurión señaló con su vara el estandarte de la Legio VI Victrix. Que no haya un dios de los astures que no maldiga su nombre durante generaciones. Di un pequeño paso trastabillante al que acompañó otro más y empecé a seguir a mi amigo. Conmigo venían los veinte supervivientes de Intercatia y algunos otros prisioneros. Desgraciados compañeros de armas que conocíamos bien de otros *castella* de las orillas del Ornia y, que también decalvados, en signo de sumisión y humillación, esperaban afuera de las murallas. Eché un último vistazo a mi hogar.

Aun en llamas era bello.

No quise deshonorar a mi familia ni a mi clan y no dirigí la vista hacia ellos. Sí miré el transporte donde yacía desmadejado mi amigo y en silencio juré ante el dios que quisiera atender la súplica de un astur derrotado: «Yo, Ambato, hijo de Segei, luggon del clan de los orniacos, juro seguirte. Protegerte. Honrarte. Y si se nos concede la fuerza y el valor, que volvamos para contar nuestra historia». Y eché a andar con los demás, descalzo y malherido mas todo lo erguido que podía, siguiendo a mi compañero.

Tuve esclavos. Yo mismo los capturé en partidas de saqueo en las tierras de pesicos¹⁰ e incluso de albiones¹¹. «Juro por todos los dioses que, tal y como me veo ahora, con sangre en los pies descalzos, con las manos atadas y una sogá al cuello, indefenso en poder

10 Eran uno de los *populi* mencionados por las fuentes clásicas grecorromanas entre los astures transmontanos. El territorio de los péscicos ocupaba el sector centro-occidental del litoral asturiano.

11 Los albiones eran una de las gentilidades de los galaicos que se asentarían, según las fuentes romanas, en el suroccidente del actual Asturias y la zona limítrofe con Asturias de Lugo.

de Roma, jamás volveré a poseer a otro ser humano». Desandamos el camino que desde Intercatia hicimos juntos muchas veces, cazando, pescando o yendo a la guerra. Esos malditos lo habían profanado. Habían talado los árboles para hacerlo más ancho y cómodo para sus carros y mulas. Habían desbrozado los bordes para que no estorbaran a sus máquinas transportadas con sudor por hombres y bestias. Había rodadas por todas partes. Conté tres letrinas sin tapar hechas con urgencia. Parecía que en el viejo sendero del bosque no había un solo sitio que no hubiera sido mancillado por esos hijos de Roma. Agradecí que Pintaio no estuviera despierto para ver eso.

Era el más próximo a él en un intento de cumplir desde el primer momento el juramento que le hice. La carreta era romana y militar. Eso lo resumía todo. Cuatro ruedas de madera con seis radios. Una vasta plataforma del mismo material. Un cierre trasero para que la mercancía no cayera y que llevaba abierta, pues Pintaio no cabía en él por completo y sus pies, atados con cuerda en los tobillos y cubiertos con sus queridos escarpines de cuero de gamo, sobresalían casi un palmo por fuera. Un banco de asiento para uno o dos conductores. Una lona amarilla de cuero basto en forma de U invertida y dos mulas que habían sustituido a los bueyes. Hasta ese momento no se habían quejado por cargar con mi amigo. Mirándolo, me distraje de mi desgracia. Pero algo inusual hizo que me fijara más. El cuerpo se arqueaba y se encogía. Los músculos se tensaban por unos instantes y se relajaban de nuevo. «¿Sueña Pintaio todavía con la fallida guerra y el humo de Intercatia?». Durante un buen tramo observé el mismo movimiento repetirse una y otra vez a intervalos cada vez más regulares. La palabra quería nacer en mis labios sin que pudiera evitarlo. Habría bastado para advertir a toda la comitiva de romanos bastardos de que algo le sucedía a mi compañero. No tenía tiempo. Un ojo castaño se clavó en mí. Y guiñó dos veces. Reconozco que sonreí como un imbécil. El ojo miró hacia el lateral derecho del carrromato. «Vive. Nuestro guerrero más fuerte vive». Dos guiños y un fruncimiento de ceño seguido de un nuevo y lento recorrido del ojo

derecho de Pintaio al mismo lado del carro dejaron mi cara de bobo a medias. Asentí afirmativamente dos veces y, mirando a la parte izquierda del transporte, otras dos.

«Tienes dos legionarios a cada lado, amigo».

Un guiño. Los pies calzados de cuero se retiraron muy muy lentamente hacia adentro del carro y, por lo que vi, sin sogas que los contuviera. «Es cierto que soy muchas cosas. Los dioses lo saben bien, pero hay una que no soy: estúpido».

Pintaio no perdió del todo el conocimiento o la consciencia y usó un viejo truco. Tensó su cuerpo cuando lo ataron con la soga y, dado el tamaño de su enorme musculatura, la diferencia entre lo que los romanos creyeron apretar y lo apretado es muchísima. Eso, sumado a los movimientos que debía llevar repitiendo sin parar desde que salimos, incluso en las pausas en las que se cambiaron los hombres de guardia, consiguió liberar las piernas y seguramente pronto les seguirían el torso y los brazos. Entonces, el que se tensó fui yo. No soy estúpido, dije antes.

Mi padre, Segei, era cazador y comerciante. Cambiaba pieles y cornamentas en Gigia¹² por vino, ánforas y otros objetos romanos. Por ello, cuento bien y hablo y leo la lengua de Roma con bastante soltura. Había dos centurias custodiándonos, una equipada para el combate, otra solo para la marcha, con su panoplia colgando de un extraño palo largo. Todavía era pronto y no se habían alternado, mas en alguna parte del recorrido lo harían y una relevaría a la otra en la vigilancia. Ochenta hombres. Un *optio* y un centurión en cada una. Ciento sesenta y cuatro hombres. Cuatro de ellos de probada valía en combate, y eso que no veía a los *signiferi*, aunque quizá estuvieran entre los romanos sin armadura. ¿Para qué sacar a las águilas a escoltar a unos derrotados? No me salían las cuentas aun con Pintaio estando libre. Y estaba harto de perder.

Además, estábamos sometidos al juramento.

No me gustaba. Odiaba estarlo. Qué no daría por poder dar marcha atrás y morir antes que jurar servicio a Roma. Aunque eso

12 Actual ciudad de Gijón, Asturias.

nunca dependió de mí ni de mis compatriotas. Pero el juramento o la palabra dada obligan. Para un astur son ley. Pintaio no lo había escuchado, pues se hallaba inconsciente. Si lo había oído, puede que le importara un *blitum*¹³, aunque lo dudo. Pintaio no había roto su palabra, la de otros en su nombre o un juramento que le incluyera en su vida. Sumido en estas disquisiciones me di cuenta de repente. Me había delatado. Concentrarme en todos estos pensamientos hizo que, de forma involuntaria, dejara de caminar. En consecuencia, toda la fila de prisioneros también. Además, no apartaba la vista de mi amigo, así que lo descubrí a él también, maldita sea. «Empiezas bien tu juramento, Ambato», me dije. No hubo tiempo para muchos lamentos más.

En el momento justo —se ve que mi compañero conservaba el oído— en el que uno de los dos legionarios del lado izquierdo empezó a gritar y a moverse hacia la parte trasera del carro, Pintaio se giró. Oí con claridad el sonido que produjo en la madera la costra de sangre de su cabeza y espalda al desprenderse. Unió las rodillas al pecho y soltó las dos piernas a la vez contra el lateral del carromato. La patada habría tumbado a dos caballos. La madera lateral salió despedida. Pie y tablero golpearon al romano, que fue lanzado a varios pasos como si un dios le hubiera dado una coza. Se quedó desmadejado junto al camino. No se levantó. Pintaio saltó de la plataforma. Su cara era una máscara roja de sangre. Sangre de su nuca. Sangre y cicatrices de la decalvación.

—¡Pintaio, no! —grité mientras le asestaba una patada en la entrepierna al legionario que llegaba por su espalda, y di gracias por tener el cuello y las manos sujetas, pero no los pies. Mi compañero me miró extrañado—. ¡No! —repetí en voz más alta.

La mirada era cada vez más iracunda. Su ancha frente llena de mechones castaños, sus pobladas cejas del mismo color, sus grandes y francos ojos marrones, la nariz larga, fuerte y recta, dos finas líneas por labios, mentón cuadrado y ancho como las mandíbulas, cortas orejas y un cuello tan grueso como el de un toro

¹³ Planta comestible de escaso e insípido sabor.

y algunas arrugas debidas a los avatares de la rebelión formaron nuevas líneas de expresión en las comisuras de sus ojos, labios y frente. Todo acentuado por la sangre. Además, no entendía nada. Ni lo quería entender. Me dirigió la mirada todavía cuando se volvió lo justo para esquivar el *gladius*¹⁴ que iba directo a su pecho y que, una vez eludido, dejó a su propietario, uno de los legionarios del lado derecho del carro, a su merced. Juntó y apretó los puños, los llevó a la altura de su hombro izquierdo y asestó un revés al soldado. No dio tiempo a vislumbrar ese golpe bestial cuando, con la misma finta pero hacia el otro lado, evitó el segundo acero, y los puños que habían subido hasta su hombro derecho deshicieron el camino de vuelta y de otro tremendo golpe en la cabeza estamparon al legionario como un juguete. Crac, sonó contra la rueda del carro. Yo seguía gritando «¡Nol!» sin parar, mas mi compañero de cuerda no avanzaba conmigo y me impedía intervenir, lo que me enojó bastante. Me volví y le estampé un cabezazo en toda la frente. Conocía a ese chico desde niño. «Disculpa, Lutilo», me dije a mí mismo mientras intentaba y conseguía ensanchar la soga que unía nuestros lacerados cuellos y pasarla por encima de mi cabeza. Libre por fin, pero con las manos atadas y creo, aunque no puedo asegurarlo, que gritando «¡Nol!» como un loco, terminé el trabajo con el legionario que aún se sujetaba las ingles dándole un buen rodillazo en toda la cara. Chof fue el sonido que provino de su nariz y clac el de mi articulación. Malditos yelmos de metal.

Resumiendo: teníamos a cuatro legionarios inconscientes o sangrando aturcidos. Al pobre Lutilo, mentando mi linaje sentado en el suelo, con un buen chichón en la frente. Un carro roto por un lateral. A Pintaio y a mí unidos espalda contra espalda y un coro de gritos de hombres con y sin armadura que ya formaban una línea que nos rodeaba. Me giré para mirar a mi amigo.

—¿Qué dices de no, no y no? —me preguntó.

14 Gladius es un término latino utilizado para designar una espada, el cual se aplica de manera moderna al arma utilizada por las legiones.

—Oh, ya no importa. Vamos a morir aquí y ahora, si este era tu meditado plan —le contesté algo enfadado.

Alzó las cejas y los hombros.

—Son romanos y tienes los pies y las manos libres. Pelea o vete a la mierda —respondió, frío, mientras, con un pequeño quite de su espalda, me apartó un buen par de pasos que deshice para situarme tras él de nuevo. El sitio más seguro de ese camino era cualquiera cerca de Pintaio.

—Estamos bajo juramento, idiota —le expliqué.

Se volvió hacia mí y me miró fijamente con una cara de sorpresa que, aunque no fuera adecuada para el momento, enternecía.

—¿Qué? —preguntó dirigiendo la vista a uno y otro lado sin encontrar al dios que le explicara dónde estaba el error.

—¿Crees que camino por gusto detrás de un carro romano, pisando descalzo mierda de mula y gritando «no» todo el día porque lo encuentro divertido? —le espeté mirando hacia arriba. Soy alto, pero era Pintaio, así que le hablaba a parte de un cuello y un mentón ensangrentados—. Todos los jefes han jurado veinticinco años de servicio a Roma. —Posé una mano en su descomunal hombro.

—¡Joder! —Y se fue caminando nervioso de un lado para otro. Se apoyó en el transporte. Se volvió rugiendo contra los legionarios que en buen número nos rodeaban, pero retrocedían cuando él se les acercaba. Volvió a apoyarse en la madera. Buscó con la mano su bigote, que tantas veces se toca mientras piensa, para encontrarse con que ni tenía bigote ni tenía barba—. ¡Dioses! —volvió a vociferar. Dio un puñetazo que para él no implicaba mucha fuerza, pero que hizo que las mulas y el carro salieran casi al galope. Volvió a ir de aquí para allá provocando olas de legionarios que se movían como la marea en la arena, avanzando y retrocediendo.

—Es así. Todos los jefes de los clanes han jurado. ¡Por todos los dioses, eres Pintaio, acata y contente de una maldita vez! —le dije—. Todos estos compañeros dependen de ti. —Hice un ademán con la mano para que fuera consciente de que su ira nos ponía en peligro, a él y a todos. Nos observó. Muy despacio. A mí, a Lu-

tilo, al resto. Asintió una sola vez con la cabeza y vi cómo aquellos enormes ojos castaños adquirirían el peso del deber que contraen los hombres libres, honrados y valientes no por obligación. Porque son grandes y pueden. Porque quieren. Se desinfló como esas vejigas con flautas que los legionarios trajeron a Hispania consigo y que tanto nos gustan. Puede que, junto al vino, sea lo único bueno que hayan traído.

Un clamor entre los soldados nos devolvió a la realidad. Todo el que portaba el rojo se puso firme como una verga en un burdel. Pintaio y yo mismo nos preparamos para lo peor.

Un centurión con el pecho lleno de *phalerae*, bajo de estatura, ancho, fornido, de piernas y andar patizambo, caminaba seguido de un *optio* con un yelmo de penacho de crin de frente a nuca. El pequeño y musculoso oficial llevaba el suyo con el penacho de crin roja transversal, debajo del brazo izquierdo y una *vitis*, la vara de vid correspondiente a su rango, en la mano derecha, y señalaba aquí y allá. Su voz retumbaba por todo el bosque. Era la primera vez que todos escuchamos una voz hecha para el mando. Para oírse en la batalla. Para mandar hombres.

—¿Qué rayos está ocurriendo en mi columna?! —Hizo hincapié en el «mi» mientras señalaba con el bastón a los cuatro legionarios del suelo—. ¡Quirino! —gritó a su suboficial—. ¡Veinte golpes de vara en cuanto lleguemos al campamento de Quinto para estos cuatro tontos del culo! —Una señal rápida del *optio* y varios soldados arrastraron a sus camaradas fuera de nuestra vista.

Yo tenía a Pintaio a mi derecha. El romano caminó hacia nosotros recto y firme. Se nos plantó justo delante. Si el tamaño de mi amigo o el mío le importaban algo, no lo demostró.

—¿Así cumples los juramentos, astur? ¿Y tú? —Nos miró a ambos—. ¡Me llamo Marco Gallus Voreno! —vociferó atronador—. ¡Centurión Marco o señor para vosotros, de la tercera cohorte de la Legión VI Victrix! —Ese hombre no hablaba. Tronaba como una tormenta—. Tengo un carro roto, dos mulas asustadas, cuatro camaradas inconscientes —se giró para mirar a Lutilo— y un astur

de los cojones que debe servir a Roma durante un montón de años con la cabeza partida. ¿Así cumplís los juramentos? —Apuntó con la vid camino abajo—. Mis órdenes son estar en Ustium¹⁵ antes de la caída de la noche. Allí pediré *caligae*¹⁶ o calzado sobrante. De vuestros muertos o de los nuestros, para que no sigáis descalzos. Poco serviréis con los pies destrozados.

Sus ojos eran azules y estaban fijos en nosotros. Aquel romano no mostraba ningún miedo y hablaba enumerando los hechos. El mundo para él se dividía en lo que debía pasar y lo que estaba pasando. Y no eran lo mismo ni mucho menos. Eso hacía que se encolerizara lo justo para hacérselo saber a nosotros dos en particular y por ese medio a toda la columna, fueras astur o romano.

—Desperté y nada sabía de ningún juramento —repuso Pintaio.

La vara de vid voló y golpeó el rostro de mi compañero.

—Señor. Centurión Marco o señor —dijo el romano.

Pintaio no mostró ninguna reacción. Caminó hacia atrás mirando a los ojos al romano que lo seguía mientras escuchaba atento. Así, mi amigo lo llevaba paso a paso lejos del tumulto de hombres que se había formado y de forma intencionada, por lo que pude entender.

—Yo mismo arreglaré el carro si se me proporcionan los útiles con los que hacerlo —indicó.

La vara de vid fue un relámpago que volvió a impactar en su cara.

—Con los que hacerlo, centurión Marco o señor —le espetó de nuevo el romano.

Mi amigo seguía caminado despacio hacia atrás, y yo con él. La columna quedaba a una buena distancia. Pintaio bajó la voz lo suficiente para que solo los tres presentes en aquella parte del sendero pudiéramos oírlo.

15 Actual localidad de Ujo, en Asturias.

16 Es el nombre dado a las sandalias de cuero usadas por los legionarios y miembros de los cuerpos auxiliares romanos. Estaban formadas por una suela y tiras de cuero que se ataban en el centro del pie y en la parte superior del tobillo. Las suelas eran tachonadas con clavos de hierro.

—Con gusto recibiré los golpes de vara que están destinados a esos soldados. Juramentados somos y ni un solo problema te daremos, tienes mi palabra, aunque no es forma de llevar a un astur, atado, pisando sobre las huellas y los lamentos de sus compañeros. Tienes un juramento que seguiremos hasta la muerte y mi promesa.

Esta vez Pintaio cogió la vara de vid en un movimiento rápido antes de que impactara en su cabeza. El centurión mostró solo un poco de sorpresa, pero no hizo ni un intento ni un forcejeo para recuperarla. Pintaio la partió con un movimiento de manos como un niño parte una rama.

—Me has golpeado el rostro dos veces. No habrá una tercera. No te llamaré señor hasta que te lo ganes. Eso también te lo aclaro, romano. —Por eso lo había ido apartando de sus hombres. Un desafío abierto a su autoridad ante todos le hubiera dejado un único camino: matar para restaurarla. Pintaio dejó caer la parte de vara que sujetaba en sus manos y las bajó. El oficial miró la otra mitad con cara de fastidio y se la metió entre los correajes.

—Tienes agallas. Eso es así. Estaré pendiente de ti y de tu instrucción, Pintaio, hijo de Pedicilio¹⁷. —Dio unos pasos para volver a la columna que esperaba—. ¡Quirino! —El *optio* llegó a la carrera.

—Señor —respondió este, firme frente al oficial.

—Desata a los astures y dales pan y agua. Nos detendremos lo justo. Dos bocados y dos tragos. Después, a formar y salimos. A ver si consigues que lleguemos a Ustium de una maldita vez.

Cuando el *optio* sacó su *pugio* y cortó mis ataduras, Pintaio, haciendo fuerza con brazos y hombros, partió él mismo la soga que rodeaba sus muñecas. Los romanos se quedaron atónitos, con las bocas abiertas, mientras Pintaio fijaba su mirada en nosotros tres preguntándose qué había hecho esta vez.

—Tienes agallas —repitió el centurión haciendo una mueca fe-
roz. Luego se unió al *optio* y juntos empezaron a caminar sendero
abajo. Solo había dado unos pasos cuando se giró y miró a mi
amigo—. ¡Será un honor que me llames centurión o señor! —gritó

17 Padre de Pintaio.

con una media sonrisa dibujada en su cara—. ¡Quirino! Venga, espabila. Cumple las órdenes y sácanos de este dichoso bosque de una vez.

Todos fuimos liberados de las cuerdas y formamos una columna de prisioneros lo más digna posible. Palmeé el hombro de Lutilo mientras este me devolvía una mirada de complicidad. Comimos unos mendrugos de pan duro y negro. Bebimos dos tragos de agua. Pintaio, que se había acercado al Ornia para lavarse un poco la sangre de su cuerpo, se levantó y echó a caminar. Cuando pasó a mi altura, lo seguí codo con codo. Bueno, he de admitir que mi codo quedaba a la altura de su cadera. Solo cuando los dos alcanzamos la cabeza de la columna el resto de los astures empezó a andar. Dejé que me adelantara un paso. Después, todos lo seguimos, a él y a la leyenda que empezaba a formarse.

II

Llegamos a Ustium justo antes de anochecer. No negaré que, desde aquella jornada, detesto ir descalzo. Me dolían los pies hasta el hueso. No había una piedrecilla que no hubiera pisado o una zarza que no me tuviera martirizado con esas pequeñas agujas que nuestras madres nos sacaban riéndose mientras nos quejábamos. La mía no se quejó cuando fue violada, así que no lo haría yo por una astilla. Era un guerrero, pero eso no hacía más llevadero el escozor.

El lugar que los romanos llaman Ustium¹⁶ no se correspondía con el nombre que le damos en nuestra lengua, sin embargo, qué importaba. Era el lugar elegido para la reunión de la leva por lo visto, ya que, al llegar, humeaban centenares de hogueras con luggones alrededor. Estaban sentados juntos por veintenas o treintenas y custodiados por legionarios bien distribuidos. Era un buen lugar, puerta de entrada de varios valles y con ríos cerca. En cuestiones de logística, comencé a entender ese día, podíamos aprender mucho de esos romanos asquerosos. «Tienes veinticinco años para aprender todo lo que quieras, Ambato, pedazo de idiota», pensé mientras se me nublaba el semblante. Habíamos descendido siguiendo el Ornia y después el río que nuestros hombres santos llaman «resplandeciente» en una lengua que ya olvidaron los abuelos de mis abuelos: Lena¹⁸.

El río Lena. «¿Cuándo volveré a verlo? Si vuelvo», me dije, y no contribuí a mejorar mi ánimo. Pintaio seguía al centurión Voreno y

¹⁸ El río Lena es un río del norte de la península ibérica perteneciente a la cuenca del Nalón que atraviesa de sur a norte los concejos de Lena y Mieres en el Principado de Asturias. Actual concejo del mismo nombre, en Asturias.

todos los de Intercatia seguíamos a nuestro compañero. El oficial hizo una señal de alto con su media vara de vid. Quirino, el *optio*, hizo un ademán con su *bastile*¹⁹ y los legionarios formaron una media luna. Pintaio miró a uno y otro, oficial y suboficial. Una gran hoguera ardía alimentada con troncos un poco húmedos por dos esclavos de esos que siempre aparecen cuando hay romanos cerca. El oficial se dio la vuelta y nos hizo un gesto a todos para que tomáramos cada uno su lugar alrededor del fuego. Cuando todos se hubieron acomodado como pudieron, Pintaio y yo nos dispusimos a hacer lo mismo.

—¡Alto! —ordenó el centurión.

Ambos nos volvimos para mirarlo.

—Vosotros dos, seguidme. —Y echó a caminar a paso vivo entre las hogueras mientras Quirino distribuía a las dos centurias que nos habían trasladado, ayudado por otro *optio* que había aparecido como por arte de magia.

Obedecemos.

Todo astur preparado para la guerra jamás mirará una hoguera de forma directa por la noche. Sabe que en cuanto sus ojos la contemplan, todo lo que haya alrededor se volverá mucho más oscuro y estará en desventaja. Pero ya habíamos sido vencidos. Qué importaba dónde miráramos. Lo que había detrás de la oscuridad eran tiendas de lona, empalizadas, torres de vigilancia, incluso creí ver a hombres heridos entrando en una tienda mucho más grande que las demás. Pilas de lanzas y escudos descansaban y olía a cordero asado y a pan recién hecho. Bromas y metal. Ajetreo y cuero. ¿A eso huele la milicia? Puede. También a muerte, a sudor y a excrementos.

Caminamos un buen rato entre romanos y astures sentados aquí y allá. Vimos más tiendas y caballos con y sin jinete que iban y venían. Eso significaba más defecaciones de animal para mis extremidades huérfanas de calzado. «Odio este sitio y desde hoy lo odiaré aún más».

19 Vara de mando de un *optio* que era el segundo al mando de una centuria en el ejército romano, equivalente a un oficial ejecutivo o sargento mayor en la actualidad.

—¡Aquí! —señaló el romano.

Túnicas, *bracae*²⁰, botas de distinto material, *caligae*, *udones*²¹, mantos y capas estaban amontonados en perfecto orden. Todos apesataban a muerto o estaban cubiertos de sangre y las moscas zumbaban en enjambres sobre cada montaña de ropas.

—Todo esto es de vuestros..., ejem..., bueno, vuestros y nuestros muertos. Pronto será quemado por orden del *medicus legionis*²². Tú no puedes ir medio desnudo por ahí, gigante de los cojones, y tú de poco nos servirás con los pies hechos trizas, tonto del culo —nos dijo a ambos.

Pintaio, cierto era, estaba desnudo de cintura para arriba y los trozos de túnica verde y marrón colgaban en tiras del cinturón de cuero ancho, parecido al que yo mismo llevaba. No os aburriré más con mis pies ni su estado.

—¡Ah! —advirtió Voreno—. Nada de color rojo ¿Estamos? —Meneaba la media vara de forma admonitoria.

—De acuerdo —contestó Pintaio.

—Un día de estos se te va a escapar llamarme señor o centurión y creo que se me endurecerá la verga, hijo. Estupendo. Servíos y volved a la hoguera. Yo iré enseguida. ¿Puedes obedecer una orden sencilla? —preguntó mirándome.

—Sí, centurión.

—¡Madre de los dioses! Tú llegarás lejos en el ejército, hijo. Dile a Quirino que voy a dar novedades y que establezca guardias y el santo y seña. Que reparta también comida y bebida. Partiremos al alba. ¿Puedes repetírmelo, muchacho? —dijo con algo de duda y mucho de sorna.

—Dar parte. Guardias. Santo y seña. Comida y bebida. Al alba —respondí, seco.

20 Prenda en forma de pantalón usada por varios pueblos en la Antigüedad y la Edad Media, en Centroeuropa y característico de la indumentaria de los galos. Se sujetaban a la cintura con un cordón y se usaban bien cortos —que llegaban hasta la rodilla— o largos.

21 Calcetines o abrigos para los pies utilizados en la antigua Roma, confeccionados principalmente en lana o lino.

22 Médico jefe de una legión romana.

Se quedó tieso mirándome mal.

—Señor —finalicé.

—Lo dicho, hijo. Llegarás alto, oh, vaya si lo harás —dijo riéndose mientras se iba, meneando alegre la cabeza.

Espantamos las moscas y en menos de lo que tarda un pájaro en volar cuando oye un ruido, yo tenía un buen par de *udones* puestos, otros de repuesto metidos por dentro de mi cinturón y unas buenas botas de cuero. Si obviaba el hedor y las manchas de sangre, eran mejor que nada y, por qué negarlo, me puse algo contento por una vez en aquella triste jornada. Cuando me volví, Pintaio miraba el montón de túnicas, pero, aunque sostenía algunas en las manos, seguía desnudo de cintura para arriba. Yo ya me estaba haciendo con una buena *lacerna*²³ que tenía un agujero de flecha en la espalda, pero mi compañero continuaba mirando aquí y allá, como perdido.

—¿No hay un color que le guste a la princesa? —le dije.

Reconozco que el tortazo no lo vi venir y me dejó cegado, viendo destellos durante unos momentos.

—Pintaio, debes medir tu fuerza —bramé malhumorado—. No tienes las manos de un hombre normal, coño. ¿Cuántas veces lo hemos hablado? Maldita sea, me sangra la nariz. Como al pobre Lutilo, al que aporreé por salvar tu inmenso culo. ¡Quieres coger algo de una p...! —me callé de forma abrupta.

Mi amigo lloraba desconsolado. Entonces me di cuenta. Montones de ropa. Cientos de muertos, viudas, huérfanos. Estiré una mano hacia él. Alzó la suya para que parase y vi cómo su llanto cesaba y era sustituido por la ira. Al juzgar por cómo crecían sus enormes músculos y tendones, aumentaba y aumentaba como un torrente.

—Prométeme que volveremos para contarlo —dijo con voz de dios herido—. Júrame que viviremos o criaremos a quien pueda contar nuestra historia si nosotros no podemos, Ambato. ¡Júramelo

23 Daban el nombre de lacerna los romanos a una especie de capa que se ponía sobre la túnica y se aseguraba con un broche en el hombro. La lacerna tenía capucha y era usada entre el pueblo bajo, aunque se llegó a generalizar también entre los ricos.

por tu sangre! —gritó haciendo que un grupo de legionarios que estaban cerca, sentados a la puerta de una tienda de lona, nos miraran con cara de pocos amigos—. Júramelo antes de que vaya hasta esa tienda y empiece a matar —me susurró en voz baja.

Le puse la mano izquierda en el hombro y con la mano derecha le giré la enorme cara hacia la mía. La serpiente roja y verde del Ornia tatuada en mi extremidad, como en la de todos los guerreros de Intercatia, brillaba a la luz de las hogueras.

—Pintaio, mírame —le dije como el que habla a un niño—. Mírame, amigo mío —repetí.

Fijó aquellos imponentes ojos castaños en mí.

—Te juro que volveremos de una forma u otra. Te lo juro por mi sangre y la de todos los dioses. Por mi madre y mi padre. Por los cadáveres de los tuyos y por todo nuestro linaje. —Me seguía mirando. Su cuerpo iba perdiendo tensión poco a poco—. Te lo juro. —Le devolví la mirada sonriendo—. Ahora usa lo que nuestros hermanos nos ceden. Están con los dioses cazando y bebiendo. No lo necesitan. Honremos su sacrificio. ¿De acuerdo? Elige una o dos *paenulae*²⁴. ¿Quieres? Las túnicas no te servirán, hombretón. Muy bien. Ahora, volvamos a la hoguera y comamos algo mientras atormento a Lutilo con el golpe que le he sacudido hoy. ¿Te parece? —le hablé lo más calmado que pude.

Hizo lo que le pedí y volvimos sobre nuestros pasos entre aquel mar de romanos y astures, de humo y de derrota. Al pasar delante de su tienda, los legionarios de antes seguían mirándonos mal. Yo no solté una palabra. Pintaio se paró delante. Eran ocho. «Oh, vaya», me dije, y me preparé para pelear.

—La próxima vez que os vea —les espetó mi amigo con voz amenazante—, os mato a todos, hijos de puta. —Y echó a caminar hacia el grupo de soldados, que se levantó y huyó en todas direcciones. Mi compañero tuvo tiempo de tirar la tienda de una

24 Tipo de capa utilizado en el mundo romano a partir del siglo IV a. C. Se trataba de una pieza de tela de lana basta de forma oval con una capucha, similar al actual poncho.

sola patada. Lo agarré del brazo o, más bien, intenté aferrarme a él cuando ya se dirigía hacia nuestra hoguera. Soltó una carcajada. La primera de muchas.

—Vámonos de aquí de una vez. ¿Te importa? —le pedí.

Y entre risas nos perdimos en la oscuridad de las hogueras.